
Para el análisis

de los fenómenos sociopolíticos coyunturales.

Premisas y perspectivas

Francisco Delich

I. EL ANALISIS SOCIO-POLITICO DE LOS FENOMENOS COYUNTURALES

EL análisis coyuntural, particularmente en su dimensión económica, parece haber sido una vocación y eventualmente un privilegio conservador, en la acepción más estricta del término, lo que no deja de ser comprensible. El pragmatismo que decide la finalidad de este tipo de análisis, establece también su racionalidad, que en esas condiciones no puede estar lejos del sentido común, del realismo de aplicación sino de aquella que aspira a plantear su problema y las distintas alternativas de solución en los límites de la misma situación, esto es, de la coyuntura previamente definida como tal. Una práctica determinada por la necesidad de resolver el presente inmediato no puede ser sino una práctica de poder o que se sitúa en su periferia.

Pocos como Keynes sintetizaron este pragmatismo, cuando sostenía —según se dice— “en el largo plazo estaremos todos muertos”. Este renunciar al futuro es seguramente el producto de un cierto escepticismo, encierra un amplio desdén por todos aquellos, que, como Marx, estaban menos preocupados por la solución de una crisis sistemática singular que por desentrañar las leyes de evolución de las sociedades, pero también señala una astucia, una teoría del pragmatismo: si se resuelven los problemas de la coyuntura, pareciera indicarse, el sistema se reproduciría de un modo indefinido puesto que nada hay insoluble en el mismo, puesto que la historia no es sino la agregación de coyunturas. Este razonamiento justifica el análisis parcial, el aislamiento de un momento en relación a los anteriores y

posteriores, postula en definitiva una filosofía de la historia que no admite sentido alguno. Desde luego no es necesario asumir una teoría determinista y unilineal del acontecer social para admitir como alternativa el privilegio de un momento sobre otro momento, alcanza con reivindicar el postulado del carácter total de los fenómenos sociales y en consecuencia la unidad del devenir histórico, para establecer la falacia de aquel razonamiento.

Las consecuencias metodológicas de estos postulados teóricos implícitos, se ponen en evidencia rápidamente. Destruída la secuencia histórica, fracturada la totalidad concreta, el análisis deviene naturalmente descriptivo. El conjunto de variables que se utilizan para el diagnóstico, se consideran, en su interrelación recíproca, autosuficientes. La ponderación de cada una de ellas, explica el movimiento de las demás, dentro de un subsistema excluyente y predominante, a la vez. Los comportamientos económicos, se autonomizan, de la totalidad social, son en sí mismos, independientes.

El conjunto de las relaciones sociales es asumido como un dato inmodificable de la realidad o eventualmente como un elemento cuya modificación —en cualquiera de sus variables— ingresa como sesgo impredecible.

Técnicamente, se organiza la información cuantitativa acerca del comportamiento de los factores económicos, de modo que se establezca una causalidad circular y autosuficiente. Los elementos políticos en las decisiones económicas globales, son considerados como implícitos, carentes de incidencia en el resultado del análisis, o bien cuando las mismas son cuestionadas, como agentes perturbadores. Las conductas propiamente sociales sólo son racionales si son utilitarias y en consecuencia predictibles. De lo contrario son también consideradas como elementos perturbadores.

El análisis (y sobre todo la práctica política coyuntural) es todavía mucho más alarmante. Pero se trata de dos niveles diferentes que conviene separar. Si los economistas diseñan teoría para explicar los comportamientos del ciclo económico los politicólogos pragmáticos llevan hasta la exasperación el paradigma del sentido común.

La coyuntura es disimulada, triturada y transformada en una secuela de episodios cuyo eje es la diada poder político-oposición política; el episodio cotidiano o semanal patrimonio del periodista, que registra la evolución de las relaciones de fuerzas, se convierte, en la medida del espacio político.

En estas condiciones, el análisis no puede menos que separarse radicalmente de los movimientos sociales, de los grupos y de las clases, que allí intervienen sólo a partir de los efectos de sus acciones en el subsistema político.

Es cierto que cualquiera de estos análisis reconoce el carácter concreto de la coyuntura —y allí se funda en definitiva su realismo— pero se ignora o margina la causalidad social.

Del mismo modo que un economista analizando la coyuntura, aísla el subsistema en el que opera de los restantes, el analista político separa y autonomiza el campo al que privilegia; empero, así planteado, parecería que sólo se trata de recuperar una totalidad, a través por ejemplo, de un análisis interdisciplinario.

Sin duda, esto sería un avance, pero no privaría al análisis de su carácter conservador en sentido lato. El reconocimiento de la totalidad concreta y la necesidad de su ruptura, no proviene de un sesgo disciplinario. En última instancia deriva de la posición de poder a la que se hace referencia al comienzo, de la voluntad de mantenerlo, lo que implica la adecuada racionalización de la coyuntura.

Por ello, la elaboración simbólico-ideológica, construída coyunturalmente para expresar aquella voluntad, es por lo tanto escasamente coyuntural, como no sea su expresión circunstancial. Puestos a racionalizar la crisis económica o las deficiencias del subsistema político, se enfatizan las variables exógenas (importación de la crisis) sobre las endógenas (contradicciones del sistema).

La práctica política coyuntural, merece también una breve referencia, tanto porque ella informa el respectivo análisis, como porque permite apreciar la singular coherencia entre una y otra. Como en pocas dimensiones, esta práctica es significativa para demostrar el carácter conservador de la

exaltación coyuntural. Un político conservador es aquel que no sólo privilegia la táctica sobre la estrategia, sino aquel que define su acción en referencia exclusivamente a la coyuntura. Oportunismo se diría, si se formulara un juicio moral. En términos más sociológicos, diríamos, una disponibilidad para la adecuación a cualquier política de poder.

- * Para el pensamiento crítico y para la práctica transformadora, la miseria de la coyuntura es su adversidad, tanto como la esperanza define la grandeza del largo plazo. Todo es posible en los límites de la utopía; empero el remoto pasado o el remoto futuro parece poco próspero para la formulación de la acción histórica. Por otro lado, como acción sin proyecto, es probablemente menos que una acción, apenas un movimiento salvo cuando la propia acción en su continuidad termina definiendo un proyecto que al inicio fue un embrión, intuición o vaga ilusión.

No se concibe entonces un pensamiento crítico que no tome cierta distancia de la coyuntura, que no subordina la acción inmediata al proyecto. Tampoco una práctica transformadora que no subordina la táctica a la estrategia, las enseñanzas del pasado a la construcción del futuro.

Pero ambas no pueden eludir lo que podría llamarse la restricción conservadora, la constrictión a obrar en un contexto, en un espacio social o político definido de modo radicalmente distinto al deseado. Admitir la adaptación táctica a la coyuntura resulta el mayor escarnio y agravio a todo pensamiento práctico crítico. A la coherencia de una racionalidad no puede oponerse la coherencia de otro fundado en una apreciación distinta del tiempo, porque ambas deben coexistir en un punto de tiempo y espacio.

Se comprende entonces, si no la subestimación de la coyuntura, su desvalorización teórica, su negación práctica. Debe reconocerse y parece inevitable que cada invitación a examinar la coyuntura, es tanto como una invitación a reconocer los límites de una acción revolucionaria salvo cuando se trate de una coyuntura sin

límites, justamente la coyuntura revolucionaria. Pero este es un caso excepcional y tal vez la única coyuntura que se niega a sí misma como tal, el momento privilegiado en el que la historia se suelda, se unifica.

Las otras, las comunes, las grises coyunturas, son las que aquí interesa rescatar, ellas no son puro fracaso o pura justificación de derrotas, porque siempre son potencialmente distintas, ocultan líneas de fuerza. Es esta perspectiva la que se persigue señalar; la riqueza teórica de un análisis que por definición parece negarse a toda teoría.

Despojar el análisis coyuntural de todo sesgo conservador, revalorizar su posibilidad teórica es sólo el comienzo apenas de una discusión potencial extremadamente rica. Conviene precisar algunos problemas básicos y sugerir algunas líneas de elaboración teórica...

- * * No sin razón señalaba Braudel hace algunos años “si respecto del acontecimiento nuestra imaginación sociológica no huelga en absoluto, por el contrario todo debe ser construido —iba a decir: inventado— en lo que concierne a la coyuntura, ese personaje ignorado o casi ignorado por la sociología”. Pero la reflexión citada es más sabrosa por lo que sugiere que por lo que constata. En efecto, algo ya se ha dicho acerca de las razones de esta “ignorancia o casi ignorancia”, pero distinguir **acontecimiento** de **coyuntura** es una forma de comenzar a discutir el problema. Aunque uno y otro se definan como totalidades concretas, y ambos sean definidos por el tiempo (de hecho ambos pertenecen por definición a la categoría de los análisis diacrónicos) no son identificables.

El acontecimiento marca generalmente la coyuntura, se constituye en su aspecto más visible y saliente, a veces espectacular, pero sólo puede ser explicado por la coyuntura de un modo directo y por la historia una vez integrado en el largo plazo. Una súbita depreciación en los productos de exportación, una explosión de masas, un golpe militar, son acontecimientos únicos y excepcionales, que pueden ser descritos también como unidades, pero carecen de sentido en sí mismos. Se trata de una totalidad que recibe el sentido de otra u otras.

Si la coyuntura no es entonces el acontecimiento, ¿cómo puede ser definida?

Pierre Vilar sostiene que "en el sentido más general, la coyuntura es el conjunto de condiciones conjugadas que caracteriza un momento en el movimiento global de la materia histórica. Se trata en este sentido de todas las condiciones, tanto psicológicas, políticas, sociales como económicas o meteorológicas". Pero este momento no es un momento cualquiera, sino aquel que privilegiamos, que definimos como objeto o mejor aún que construimos como tal. En la perspectiva del historiador de largo plazo, la importancia de un tal momento es nítida por sus efectos posteriores. Empero para el sociólogo, economista o politicólogo que convive por decirlo así con una cadena de acontecimientos, que debe establecer el puente entre el devenir histórico y por la coyuntura hacia el futuro mediato, la definición del momento es harto difícil.

Aún dejando de lado (por su complejidad no es pertinente en el comienzo de una discusión) la cuestión de los análisis ex ante y ex post, que tiene una larga tradición de discusión metodológica, no es fácil ni teórica ni empíricamente establecer los límites de la coyuntura, entre otra razones porque estos no existen definitivamente como tales. Los elementos que se ponderan tienen generalmente vinculaciones con el pasado que no se interrumpen sino que se diluyen hasta desaparecer o perderse en otros momentos, tal vez remotos. Empíricamente, podemos establecer el punto más allá del cual el elemento deja de ser significativo, porque su incidencia causal es cada vez menor cuanto mayor es la distancia temporal del observador de la coyuntura.

Pero tanto más se enfatiza el rol del observador de la coyuntura, tanto mayor el peligro tantas veces señalado, de una mimetización de este con la realidad que analiza que impida la necesaria objetividad del análisis, una identificación eventual con los actores que traslade a la coyuntura el significado que para estos tiene su acción. De la construcción analítica de la coyuntura a la elaboración voluntaria (voluntarista) de la situación hay menos de un paso.

Una lógica elemental parece indicar que sólo disminuímos el riesgo si logramos precisar indicadores objetivos y dimensiones igualmente objetivas que permitan, a partir de su ponderación, cuantitativa y cualitativa, una evaluación aproximadamente científica.

* * * Es muy probable que un texto como el **18 Brumario** sea leído solamente como un análisis de coyuntura, y en este caso sería por la lucidez y tersura del texto, un paradigma posible. También es claro que su contenido examina una coyuntura muy particular (lo que es redundante porque toda coyuntura es particular) de la historia de Francia. Puede aún, ser leído como un aporte sustantivo a una teoría de las clases en elaboración. No obstante ni la escritura, ni el análisis son coyunturales, más bien la coyuntura prueba la utilidad de una metodología cuando no de una teoría, atrapa y descubre un fenómeno que luego será un concepto político: el bonapartismo.

Modesta y brevemente, a partir de una lectura interesada pretendo rescatar algunos problemas del análisis y la metodología allí utilizada. Metodológicamente, el hilo conductor del razonamiento es el comportamiento de las clases, pero y sobre todo el de las fracciones de clases, que a veces se definen por atributos propiamente socioeconómicos (burguesía financiera), otras políticas (burguesía republicana) y que se enfrentan política, militar o socialmente según los avatares de una coyuntura excepcional. Finalmente, Bonaparte asciende al poder en hombros campesinos, lo que sugiere a Marx un triunfo del campo sobre la ciudad, posible por el bajo grado de conciencia de clase de aquellos; pero Marx se cuida bien de distinguir el enfrentamiento a nivel del Estado, de los conflictos de la sociedad civil, aunque los reúne y combina reiteradamente. Política y Sociedad entonces aparecen como ámbitos muy estrechamente ligados, pero claramente distinguibles. Por otra parte los protagonistas principales Barriot, Changarnier, Falloux no son hombres que hoy día digan gran cosa en el contexto de una historia social de Francia, no obstante juegan un papel decisivo en las coyunturas que concluyen el ascenso de Bonaparte. Su acción tiene sentido en función de las fracciones a las que se ligan y

eventualmente representan, pero también es cierto que no son gratuitas las consideraciones psicológicas que a propósito de ellos Marx desarrolla. Leídas como historia de largo plazo, se trata sólo de anécdotas personales, en aquel presente fueron probablemente muy relevantes, del mismo modo que el largo plazo sólo considera las clases como homogéneas en detrimento de las fracciones. La relación clases/fracciones y la de biografía/sociedad aparecen como dos problemas iniciales, un tercero lo constituye el tiempo; porque en este juego de fracciones de distintas clases que se enfrentan o combinan en ámbitos distintos, sólo el tiempo, esto es la propia coyuntura, el que otorga unidad al conjunto; esto es muy visible si nos atenemos a la periodización que Marx indica al comienzo del texto:

“Hay tres períodos capitales que son inconfundibles, el período de febrero (24 febrero — 4 de mayo 1848)— del 4 de mayo de 1848 al 28 de mayo de 1849; período de constitución de la república o de la Asamblea Nacional Constituyente: del 28 de mayo de 1849 al 2 de diciembre de 1851 período de la república o de la Asamblea Nacional Legislativa”.

Empero esta misma periodización es modificada al final del mismo texto, lo que demuestra entre otras cosas la dificultad de estos cortes diacrónicos, porque a la vez cada uno de ellos podría ser leído como una coyuntura, y lo convierte de hecho en uno de los problemas básicos de toda discusión acerca de la definición misma del concepto de coyuntura. Si es dificultoso establecer límites precisos entre el largo y corto plazo, la dificultad es mayor, si se incorporan cortes al interior del corto plazo.

Las múltiples lecturas de la coyuntura conducen entonces a múltiples hipótesis, pero no a múltiples problemas, ni tampoco y sobre todo a múltiples metodologías.

La particularidad del ascenso de Luis Bonaparte al poder es generalizable, a partir de la detección de los componentes básicos de la coyuntura, leídos a partir de una teoría de las clases no formulada explícitamente. Esto implica que la coyuntura se desintegra como tal para

que emerjan los elementos directrices, las constantes históricas disimuladas por la especificidad.

Si inicialmente nuestra tarea consiste en reunir los datos aislados para observar la totalidad, en un segundo momento es preciso descomponerla, pero no según el orden que imponen los datos sino las reglas de nuestro propio análisis, las metas que el análisis se propone, con la que se roza una proposición epistemológica, el conocimiento construido y determinado por nuestra propia necesidad de respuestas.

De lo hasta aquí expuesto se sigue tanto la clasificación de algunas preocupaciones como la formulación muy tentativa de algunas premisas.

II. PREMISAS Y PERSPECTIVAS

La coyuntura, decimos, suele imponerse al observador por la fuerza y/o riqueza del acontecimiento. Es cierto que la coyuntura es construida por nosotros dentro de un amplio margen de subjetividad, es cierto que buscamos las trazas, las huellas, los eslabones perdidos, la racionalidad de esta historia inmediata, pero no lo es menos que no somos, ni debemos ser esclavos de la coyuntura. Si la reunión particular de eventos termina por establecer históricamente la coyuntura, de ellos no se infiere necesariamente que el análisis registre la determinación en términos particulares; en tal caso no sería tanto un análisis como una fotografía.

Menos aún puede o debe suponerse que la especificidad de la situación imponga la especificidad del análisis. En este caso el modelo de análisis coyuntural justificaría la ruptura entre sincronía y diacronía, entre corto y largo plazo. Llevado a sus límites, un análisis coyuntural de este tipo, más que explicar la coyuntura, sería un agente de justificación, lo que es obviamente distinto.

La premisa básica de las consideraciones que siguen podría resumirse en estos términos: no existe diferencia entre los elementos que se reúnen en un modelo analítico, para el análisis macrohistórico y sincrónico de largo plazo de aquellos que integran un modelo microhistórico de corto plazo y diacrónico.

La única diferencia sustancial remite a la ponderación cuantitativa y cualitativa de todos o cada uno de los componen-

tes desagregados (1). Ningún ejemplo ilustrará mejor esta afirmación que un breve examen del fenómeno del caudillismo o del liderazgo populista en América Latina, en una y otra perspectiva.

El caudillo del siglo pasado está asociado con alta presencia de clases subalternas, estratificación social poco diferenciada internamente en sus extremos, estado nacional incipiente, baja integración nacional, escasa diferenciación de la actividad económica, etc. El caudillo populista de este siglo se asocia con la emergencia de sectores obreros urbanos, diferenciación en la estratificación, expansión del Estado, mayor o fuerte integración nacional, etc. En ambos casos se trata de jefes que logran conciliar clases antagónicas, que sintetizan en su (con su) un bloque de poder. A veces reúnen fracciones antagónicas de una misma clase y las expresan —aún opacando la realidad— amortiguando, limando las aristas de todas. Sería trivial concluir señalando que esta función termina cuando los intereses de aquellas no pueden ser expresadas, lo cual es visible en el largo plazo. Su influencia entonces se minimiza, puesto que aparece como el producto de una combinación de fuerzas, como determinado de un modo exógeno, tanto al comienzo como al final de su presencia. Finalmente del mismo modo que el papel del individuo en la historia tiende a minimizarse en el largo plazo, también la importancia del líder se diluye en el seno de los grandes movimientos sociales.

En cambio si se considera la presencia del líder en términos coyunturales, a veces su importancia, su peso, es decisiva. En otros términos, la coyuntura demuestra que estas

(1) Cf. Por ejemplo el reciente libro de Alain Touraine *Vie et mort du chilli populaire* Seuil, Paris, 1973 donde observa "a travers le chargement de conjuncture je suis ce fil de Ariane: la vie politique chilliene est depuis longtemps dominé pas la force extreme de une action de classe qui n'est attaché une gestion politique, d'ou' aussi l'autonomie des mecanismes politiques..." (pág. 30).

Otro ejemplo interesante de unidad metodológica se encuentra en el reciente Oscar Varsavski **MARKO HISTORICO CONSTRUCTIVO** para estilos sociales proyectos nacionales y sus estrategias, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1975.

presencias o ausencias operan como impulsores de desarrollo histórico; es probable que el curso de la historia no sea sustancialmente modificado, porque treinta años, parecen pequeños cuando se comparan los flujos históricos en civilizaciones o culturas.

Otro tanto ocurre en otras dimensiones. Las ideologías (uso el término en el sentido más genérico y ambiguo) son el producto de la acción. En el largo plazo aparecen nítidas las relaciones entre un cierto sistema de valores, símbolos, normas, ideas y una sociedad determinada en un momento determinado. Su peso se subordina claramente, su carácter de producto, es sensiblemente nítido. En la coyuntura las ideologías tienen un grado mayor de autonomía, una mayor importancia que aquel que le acuerda un status teórico subordinado porque mera consecuencia de acciones. Más aún, sabemos que en pocas ocasiones opera como generador de acciones, informando de modo directo acciones colectivas.

El análisis de la coyuntura implica poner entre paréntesis "la última instancia", lo que desde luego no implica prescindir de toda referencia o consideración. Un cambio en la ponderación, entonces, nada tiene que ver con una ponderación intrínseca, la que deriva de su constancia en el largo plazo. De la aceptación de esta idea se sigue necesariamente que los componentes del modelo se comportan de manera desproporcionada, conforme varía la variable tiempo.

Por este mismo razonamiento, queda claro también que la historia a secas no es la resultante de la agregación de coyunturas, sino de un razonamiento que contando con el mismo marco teórico pondera de modo distinto los elementos, porque es otro su propósito. Aquí el acontecimiento, la coyuntura se disuelven en una totalidad más amplia.

Una segunda premisa algo obvia, pero extremadamente importante: puesto que se trata de examinar fenómenos sociales concretos, el nivel de análisis no puede ser otro que el de las formaciones históricas. En otro texto (Delich: 1975) se ha indicado que el concepto **Modo de Producción**, sólo es utilizable en el largo plazo y como paradigma del análisis histórico. En el análisis de coyuntura, el modo de

producción, ingresa como elemento componente del cuadro global de la situación social, o como postulado inicial del razonamiento (p. ej. dada una sociedad concreta, postúlese que se trate de una sociedad con modo de producción capitalista predominante, etc.) más, solamente de manera muy cuidadosa pueden utilizarse el conjunto de conceptos que componen o se infieren de o a partir del concepto más amplio de modo de producción.

Una tercera premisa. La coyuntura es siempre un **modo de articulación**. Debiera decirse un modo particular de articulación.

Si la sociología es la ciencia de la acción social y de su referente, las relaciones sociales, la noción de articulación parece intrínseca al objeto mismo de la disciplina. ¿Por qué tal énfasis? Sustancialmente porque puede suponerse que los cambios en la ponderación de los componentes, permiten, impulsan o restringen articulaciones coyunturales.

Esta configuración social, que estamos tratando de definir en sus rasgos más visibles y que llamamos coyuntura, no son sino los lazos, los nudos, que reúnen los elementos (dimensiones) ponderados. Desde luego estoy pensando y no deja de ser un sesgo algo peligroso, en los análisis de comportamientos de clase y fracciones en coyunturas, según se ha visto. Es desde luego la perspectiva habitualmente explorada. Pero no es la única por una parte y las comprensiones que restan son aún notorias (Delich: 1975).

Tan importante como ésta, sería determinar la articulación de distintas organizaciones sociales por el Estado, o advertir de que modo las formas de articulación determinan cambios en la posición de los actores sociales.

Una cuarta y última premisa: un análisis coyuntural es sólo posible si el énfasis se desplaza de las causas a las condiciones, aunque obviamente no se pueda prescindir de aquellos. Una larga cita de Schumpeter (1971: 623) me permitirá ilustrar la cuestión.

“... en materia de ciclos el hacer notar esto es especialmente importante porque, siendo cada ciclo una entidad histórica, condicionada en parte por circunstancias que no tie-

nen una contrapartida exacta en otros ciclos, siempre tenemos que ocuparnos de —e incluso construir teorías ad hoc para— hechos cuya trascendencia varía según el nivel de abstracción en que deseemos movernos: una teoría del ciclo puede aspirar a ser más o menos general y contener, sin embargo, elementos que no son esenciales desde el punto de vista de un modelo puro. Esto aumenta grandemente las dificultades de interpretación. Además, Marx atendió cuidadosamente la distinción vital entre condiciones institucionales generales que permiten los movimientos cíclicos y “causas” o factores que los producen. Por ejemplo, la famosa “anarquía” de la sociedad capitalista, la intervención de la moneda entre transacciones “reales”, y los caprichos del crédito bancario, eran para él hechos que era preciso tomar en consideración, pero solamente como condiciones que la hacen posible —aunque no son necesarias— y no como “causa”: se dio perfecta cuenta de la vacuidad de cualquier “teoría” que se contenta con señalar estos hechos y otros similares.

Finalmente, distinguió, de las condiciones y de las causas, otra serie de hechos, los síntomas. Es razonable afirmar que prescindir de esta distinción debe producir una fuente de errores en el análisis y controversias inútiles, y que esta aportación metodológica es por sí misma suficiente para asignar a Marx un lugar prominente entre los especialistas en esta materia...”.

El riesgo es naturalmente, que una separación radical entre causa y condición, el privilegio de la segunda sobre la primera, termina por transformar el análisis coyuntural en descripción de casos. Pero tentativamente, quizás convenga correrlo.

* Las cuatro premisas anotadas, no son desde luego exhaustivas, pero y a pesar de su generalidad permiten al menos mostrar la posibilidad de encontrar un nivel de análisis con cierto grado de autonomía, despejando las confusiones más frecuentes por una parte y por otra apartándola del pragmatismo usual.

Restan nutridos problemas teóricos y metodológicos a considerar, que por el estado inicial de la discusión, muy improbablemente pueden ser —no digo resueltos— sino planteados correctamente. Pero sí se admite que el aná-

lisis coyuntural merece la atención de los científicos sociales; si se supone que a partir de un cierto deslinde teórico podemos atravesar el umbral del pragmatismo al que ahora están condenados esta clase de análisis; si se admite que, aún teniendo las dificultades de cualquier análisis asincrónico, es posible ampliar las bases teóricas de elaboración de la coyuntura. Si finalmente, se acepta tentativamente la similitud cualitativa de las dimensiones de análisis en el análisis de largo plazo, pero la diferencia de ponderación de cada una de ellas en el análisis de coyuntura, y todo lo que esto implica para los análisis referidos a clases sociales, puede razonablemente estimarse que la discusión está abierta y en buen camino.

Bibliografía citada

- Fernando Braudel : Historia y Sociología.
- Pierre Vilar Estructura y Coyuntura.
 La Noción de Coyuntura.
- Witold Kula : Historia Económica: La Larga Duración (todos incluidos en el volumen La Historia como Ciencia Social compilación de A. Flores Galindo, Universidad Católica de Lima. Mimeo. 1975).
- Francisco Delich : 1975. Hacia una teoría de las diferencias intraclases en América Latina. Papers. N° 4 Barcelona 1975.
- Joseph Schumpeter: 1971. Historia del análisis económico. F.C.E. México.
- Karl Marx : El 18 Brumario de Luis Bonaparte. Marx Engels, Obras Escogidas. Editorial Progreso. Moscú s/f.